

dar gracias al orador del ejército por su celo en favor de la salvación del pueblo. Pero la noche y la meditación le aconsejaron bien. Intentó un arreglo entre el parlamento y el ejército en conferencias conciliadoras celebradas á presencia suya.

El parlamento, llena la medida de sus exigencias, y pide el perpetuarse, instituyendo un comité permanente, elegido entre sus miembros actuales, que validara ó invalidara á su albedrío todas las elecciones futuras.

«¡Ah! ¡esto es demasiado fuerte!» esclama al fin Cromwell, indeciso al saber este acto de omnipotencia sobre el país presente y futuro. Era el 20 de abril por la mañana; paseábase en su cuarto, vestido de negro y con medias grises. Sale en aquel sencillo traje diciendo á todos cuantos encontraba á su paso: «¡Esto no es justo, esto no es honrado! ¡No, no hay en esta conducta la mas vulgar honradez!» Da órden al pasar á un oficial de sus guardias de situarse con trescientos soldados en Westminster, apostándose en todas las salidas del palacio. Entra él mismo en él, y se sienta silencioso en su antiguo sitio en la sala, escuchando en la apariencia los discursos. Los oradores republicanos y parlamentarios hablaban entonces en favor del bill, que debía asegurar la perpetuidad de su poder por su exámen de las elecciones futuras del pueblo.

El bill iba á ser votado, cuando Cromwell, como si hubiese espiado el momento de herir aquel cuerpo en flagrante delito de inquietud y de tiranía, levanta su cabeza apoyada en sus dos manos, y hace seña á Harrison, su mas fático sectario, que venga á sentarse á su lado. Harrison obedeció. Cromwell permanece aun un cuarto de hora silencioso; despues, como cediendo á pesar suyo á un impulso interior superior á toda vacilación en su alma: «¡Este es el momento, lo siento, este es el instante, dice á Harrison!» Levántase, avanza hacia el presidente, coloca su sombrero sobre la mesa y se dispone á hablar en medio del silencio y estupor de sus colegas.

Segun su costumbre, su palabra lenta, oscura, embarazosa, incoherente, llena de circunloquios, de paréntesis, de divagaciones, de repeticiones, dificilmente desprende y descubre su pensamiento. Empieza haciendo tal elogio de los servicios tributados por el parlamento á la libertad, á la conciencia, al país, que los parlamentarios mismos, sorprendidos, esperaban una conclusion conforme con el decreto que la cámara iba á votar. Murmullos de adhesión satisfactorios se elevan de los bancos republicanos al final de este periodo, cuando de repente, como si el acceso de ira, largo tiempo y vanamente combatido en su alma, hubiese echado por tierra sus pensamientos, y trocado las frases en sus labios, se para, mira con amenaza y desprecio á los cincuenta y siete miembros de los comunes que componian todo el parlamento en aquel día, pasa sin tran-

sición de la lisonja al ultraje, enumera todas las cobardías, todas las insolencias, todas las bajezas de aquel cuerpo gastado tanto por la rebelión como por la servidumbre, y fulmina en masa, en nombre de Dios y del pueblo el fallo de su reprobación.

¡Ante aquellas estrañas invectivas á las cuales las caricias del principio tan mal les prepararan, los parlamentarios se indignan é insurreccionan! El presidente, digno de sus funciones por su valor, le quita la palabra. Wentworth, uno de los republicanos mas ilustres é imponentes por su carácter, pide que sea llamado al órden y al respeto «¡Este language es tan inesperado como culpable, dice Wentworth, en boca de un hombre que tenia ayer toda nuestra confianza, que hemos honrado con las mas altas funciones de la república, de un hombre que!»

Cromwell no dejó acabar... «¡Vamos, vamos! basta de palabras semejantes, dice con atronadora voz; voy á acabar con todo este ruido y hacer callar á todos estos habladores...» Y adelantándose al centro de la sala, poniendo su sombrero sobre su cabeza con un gesto de teatro, da una pisotada y esclama: «¡Vosotros nada sois ya! No legislaréis ni una hora mas. ¡Ceded el puesto á hombres que valen mas que vosotros!»

XVIII.

A estas palabras, Harrison, advertido por un gesto del general, se escapa y vuelve un minuto despues á la cabeza de treinta soldados, veteranos de las largas guerras civiles, que rodean á Cromwell, desenvainadas sus armas. Estos veteranos, alistados por el parlamento, no vacilan, á la voz de su gefe, en volver sus armas contra aquellos que los han armado, ejemplo mas, desde el Rubicon de César, de la incompatibilidad entre los ejércitos permanentes y la libertad.

«¡Miserables, replica entonces Cromwell, como si la violencia sin el ultraje no hubiese bastado á su cólera: ¿vosotros os llamais un parlamento, vosotros? ¡No, vosotros no sois un parlamento, sois un monton de borrachos y de perdidos!—Tú, prosigue mostrando con el dedo á los viciosos mas conocidos de la asamblea, á medida que pasaban por delante de él para abandonar la sala, ¡tú, tú eres un borracho! ¡Tú, un adúltero! ¡Tú, un vendido, que recibes el salario de tus discursos!... ¡Vosotros todos sois pecadores escandalosos que deshonrais el Evangelio!... ¡Y seriais en masa un parlamento del pueblo de Dios?... ¡No, no, idos, salid, partid, que jamás vuelva á oirse hablar de vosotros! ¡El Señor os rechaza!»

A estos apóstrofes, los miembros, violentados por los soldados, son lanzados ó arras-

trados fuera de la sala. Cromwell vuelve hacia la mesa, levanta con un gesto de desprecio la maza de plata, signo venerado de la soberanía parlamentaria, y enseñándola sonriéndose á Harrison... ¿Qué haremos de este juguete? dice: que se lo lleven. Uno de los soldados se lleva la maza; Cromwell se vuelve y aperece detrás de él al presidente del parlamento, que fiel á la dignidad de su puesto y á la autoridad de la cámara, rehusaba con heroica intrepidez envilecer el derecho ante la fuerza... Baja, le grita el dictador.—No bajaré del puesto que me ha confiado el parlamento á no arrancarme de él responde Lenthall. Harrison, al oír estas palabras, sube á la tribuna, arranca al presidente de su sitio, y lo arrastra por medio del recinto entre soldados.

Cromwell llevó las llaves de Westminster en sus manos. «No oí ladrar un perro en la ciudad,» escribió algunos dias despues. El largo parlamento, tan poderoso para destruir, era impotente para edificar. La guerra civil, que aquel parlamento habia suscitado, habia hecho lo que hará siempre: habia sustituido el ejército al pueblo: habia hecho surgir una dictadura en lugar de un gobierno, habia matado el derecho é inaugurado la fuerza: un hombre habia tomado el lugar de la patria.

CUARTA PARTE.

Este hombre es Cromwell. Se atribuyó siempre á los hombres la fuerza de las cosas y el genio de las circunstancias. Se supone despues á grandes ambiciones, á lentas premeditaciones y á astutas combinaciones resultados debidos muchas veces á la casualidad. Todo indica aquí, al contrario, que Cromwell nada habia premeditado de su atentado contra los comunes y que fué arrastrado á él por el movimiento general de las cosas, del pueblo, del ejército, y decidido en el último momento por esa potencia interior que Sócrates llamaba su *demonio*, César su *consejo*, Mahoma su *ángel Gabriel*, Cromwell su *inspiración*; divinidad de los grandes instintos que hace sonar la convicción en el alma y la hora en el oído. Los laboriosos esfuerzos que habia hecho Cromwell para reconciliar la víspera el parlamento con el ejército, el nuevo parlamento que convocó al dia siguiente y al que entregó toda la autoridad legislativa, sin reservarse siquiera la sancion política que habia tenido á puerta cerrada algunos dias antes en su casa con los gran-

des consejeros de su política, parecen atestiguar que aquel relámpago y aquel rayo que cayó sobre el parlamento salió por sí mismo del conflicto de tantas nubes.

Tratábase en aquella conferencia de buscar en los restos de aquella monarquía destruida los elementos de constitucion que debia hacer el parlamento. Los miembros presentes eran: Cromwell, Harrison, su seide Desborow, cuñado de Cromwell, su primo Oliverio Cromwell, Witlocke, su amigo, Widgeon, el eminente orador y hombre de estado de los comunes, el presidente del parlamento Histall y otros muchos oficiales ó parlamentarios ilustrados republicanos.

—Se trata, dijo Harrison, de examinar puntos de concierto con el general como hemos de organizar un gobierno.

—Grande cuestion en efecto, dijo Witlocke. Constituyamos una república absoluta ó una república mezclada con algunos elementos monárquicos.

—Eso es, dijo Cromwell ¿Haremos una república pura ó una república corregida por algunos principios de autoridad monárquica? Y en este último caso ¿entre qué manos colocaremos ese poder tomado de la monarquía?

Widgeon se pronunció por un gobierno mixto que tomase la libertad de la república, la autoridad de la monarquía y colocar el ejercicio de esta parte de autoridad monárquica en su poseedor natural, en uno de los hijos del rey decapitado. Widgeon era lisonjero y afable por carácter: no hubiera propuesto semejante partido delante de Cromwell, si hubiera sentido en el dictador aquella implacable ambicion, que jamás le hubiera perdonado su insinuación.

—Cuestion delicada, dijo Flewut sin comprometerse en mas.

El señor canciller Saint-Jhon declaró que en su opinion á menos de olvidar todas las antiguas leyes y todos los hábitos de la nacion, era preciso una gran parte del poder monárquico en todo gobierno que se estableciese.

—Seria, dijo el presidente del parlamento, una estraña confusion de todas las cosas, un gobierno entre nosotros que no tuviese algun carácter de la monarquía.

Desborow, aliado de Cromwell y coronel de ejército, declaró que no habia, á su parecer, razon para que la Inglaterra no pudiese gobernarse republicanamente como tantas otras naciones antiguas y modernas.

El coronel Waley sostuvo como su colega militar la república para.

—El hijo mayor de nuestro rey, añadió, está con las armas en la mano contra nosotros. Su segundo hijo es igualmente nuestro enemigo, y sin embargo deliberais..

—Empero el tercer hijo del rey, el duque de Gloucester, está en nuestras manos, replicó Widgeon; es demasiado jóven para haber levantado la mano contra nosotros ó para estar im-

buido en los principios de nuestros enemigos.

—Se puede intimar á los dos hijos mayores que concurren en un dia fijo al parlamento para discutir con ellos las condiciones de un gobierno libre y monárquico, dijo Witlocke, sin temer incomodar á Cromwell.

Este entonces que habia permanecido hasta allí en silencio é impasible, tomó la palabra.

—Seria, dijo, una negociacion muy difícil; sin embargo, pienso que no seria imposible conseguirse para nosotros y para nuestros derechos tanto como ingleses y como cristianos, y estoy convencido que una constitucion libre con una fuerte dosis de principios monárquicos seria la salvacion de los ingleses y de la religion.

No se tomó todavía resolucion: Cromwell pareció inclinarse hacia la república consolidada por una autoridad monárquica entregada á uno de los hijos del rey; gobierno que le hubiera asegurado á él en la larga tutela de un niño; lo que hubiera asegurado tambien al pais la trasformacion respecto del poder nacional y libre.

II.

Un consejo compuesto enteramente por él y sus partidarios y amigos mas fanáticos se reunió y constituyó el gobierno en república bajo un *Protector*. Un solo poseedor vitalicio de todo el poder ejecutivo, Cromwell; y un solo cuerpo elegido, poseedor de todo el poder legislativo, el parlamento. Tal fué en su sencillez todo el mecanismo de la constitucion inglesa. Verdadera dictadura con un nombre mas especioso y mas suave que disfracaba la servidumbre bajo la confianza y la omnipotencia bajo la igualdad. Todas las atribuciones del rey eran conferidas á Cromwell, aun la de disolver el parlamento y apelar al pais en caso de conflicto entre los dos poderes. Tenia ademas el privilegio casi dinástico de nombrar sucesor. Tenia un hijo. ¿Qué le faltaba á esta dignidad real sino la corona? Cromwell manifestó bastante en los dos años de su gobierno absoluto que se hallaba distante de quererla: empero se sentia como elegido de Dios, con la inspiracion para gobernar el pueblo de Dios, y no se sentia de ninguna manera con la misma inspiracion divina para su raza. No tomó del pueblo sino lo que creia haber recibido de lo alto, la responsabilidad vitalicia del pueblo, entregando el resto á otras inspiraciones divinas que suscitaban otros inspirados. Se ha encontrado, profundizando bien su conducta, toda su secta en su conducta. Le era entonces mas difícil eludir el título de rey que tomarle. El parlamento le hubiera dado con entusiasmo el trono para guarecerse contra el ejército, y este se le ofrecia casi con violencia para libertarse del par-

lamento. Encuéntrase esta sinceridad de sus acciones en los discursos de Cromwell ante los nuevos parlamentos. Bien distante de pretender un título mas alto, se escusó del de *Protector*, que se vió obligado á aceptar.

III.

«Los miembros del consejo, de los comunes y del ejército que han deliberado, dijo, fuera de mi presencia sobre esta cuestion, no me han comunicado su plan sino despues que se han convenido libre y maduramente entre sí. He opuesto dilacion sobre dilacion, negativa sobre negativa á sus instancias. De tal modo me han demostrado que si no cambiaba de gobierno todo iba á desmoronarse convirtiéndose en confusion, ruinas y guerras civiles; pero he debido ceder á pesar de mi inmensa repugnancia á revestirme con un nuevo título. Todo marchaba bien. No tenia necesidad de mas: me bastaba mi situacion. Tenia un poder arbitrario por un voto solemne de la nacion y, me atrevo á creerlo, por la benevolencia del ejército y el fervor del pueblo: y creo sinceramente que hubiera sido mas aceptable al ejército y al pueblo permaneciendo lo que era que tomando ese poder y este título de protector. Pongo por testigo á los miembros de esta asamblea, los oficiales del ejército y el pueblo de mi resistencia hasta haber tenido que hacerme violencia. ¡Qué hablen, que lo digan! Esto no se ha hecho á oscuras ni en ningun rincon! Esto se ha hecho á la luz del dia, en medio de los aplausos de la inmensa mayoría del pueblo. No quiero que se me crea bajo mi palabra ni ser testigo de mí mismo: que el pueblo inglés sea mi testigo.... Ahora, pero que mantendré esta constitucion: consiento en ser arrastrado hasta la losa de mi sepulcro y sepultado en la infamia si dejo que se toque á ella. Nosotros hemos perdido al destrozarnos el tiempo y la libertad de la Inglaterra. ¡La libertad de la Inglaterra solo Dios nos la puede dar! ¡Héla aquí! Nada de privilegio ante Dios ni ante los hombres, la plenitud del poder legislativo nos pertenece. No estoy obligado á obedeceros sino escuchais mis observaciones: yo las haré sobre vuestras leyes y despues me someteré á ellas.»

Mantuvo bastante fielmente su palabra; únicamente se reservó siempre su inspiracion como última prerogativa: y cuantas veces advirtió el espíritu de resistencia, de faccion ó de languidez en los parlamentos, no vaciló en disolverlos, como habia hecho con el largo parlamento.

IV.

La brevedad de espacio que impone la naturaleza de esta obra á la historia, nos obliga-

omitir los hechos secundarios de su administracion. Fué para la Inglaterra un interregno mas fuerte y fecundo que sus mas grandes reinados. Las facciones habian reconocido la autoridad del primero de los facciosos. Nada es mas flexible y servil que las facciones domadas. Como contienen generalmente mas ignorancia que fuerza y mas pasion que patriotismo, cuando gastada la pasion se retira de ellas, las facciones se parecen á los globos aereostáticos que aparentan ocupar un inmenso lugar en el espacio y confundirse con las estrellas mientras se elevan henchidos con el aire inflamable, y que cuando el gas se evapora, caen de plano sobre el suelo y puede tenerlos en la mano un niño! El verdadero patriotismo y el verdadero espíritu de libertad lo perdieron en ese periodo de diez años de facciones parlamentarias. La nacion inglesa, orgullosa de haberse podido gobernar tan largo tiempo sin sus reyes, sin decaer en Europa y sin destrozarse en el interior, no llamó á sus reyes sino á condicion de prerogativas y dignidades para el pueblo, que hicieron de la nueva Inglaterra una verdadera república representativa con un *Protector real y hereditario*, corona de esta república. Idea tomada del mismo Cromwell, como hemos visto en su conferencia con sus amigos. Gobernó como hombre que no tenia que pensar sino en la fuerza y recursos de su pais y no como rey que hubiera tenido que temporizar con los partidos ó con las cortes y los intereses de su dinastia. Tuvo ademas, gracias á la omnipotencia de la república, la fuerza para ejecutar lo que hubiera escedido á las fuerzas de la monarquía. Las repúblicas son exceso de vigor en una nacion; centuplica esos excesos la energia de la nacion toda entera. Nada le es imposible en casos que serian impotentes veinte monarquías. Anónimas é irresponsables, ejecutan con la mano de la revolucion transformaciones, empresas, que ninguna corona se atreveria á soñar.

Así fué como Cromwell venció á un rey, domó una aristocracia, pacificó las guerras religiosas, destruyó los niveladores, reprimió el parlamento, estableció la libertad de conciencia, disciplinó el ejército, creó la marina, triunfó en el mar de la Holanda, de la España, de Génova, conquistó la Jamaica y colonias, que despues se han convertido en imperios, en el Nuevo Mundo, se estableció en Dunquerque, contrabalanceó la Francia, forzó á los ministros de la juventud de Luis XIV á tener deferencias y alianzas con él, y por último por sus tenientes ó por sí mismo unió tan indisolublemente la Irlanda, la Escocia y la Inglaterra, que verificó la unidad del imperio Británico, sin aquella federacion discordante de tres reinos, cuyas luchas, alianzas, discordias y convulsiones eran un eterno germen de debilidad y una amenaza de muerte para el imperio. La revolucion le prestó sus fuerzas para servirse con una mano del despotismo, con la otra de las facciones, y para acabar de construir una perfecta nacionalidad. To-

do esto fué hecho en diez años bajo el nombre de dictadura, empero en realidad por la fuerza de la república, que se habia con estas grandes obras concentrado y encarnado en él. Esto es lo que hubiera podido tener lugar en Francia en 1790, si la república se hubiera dado de por vida un dictador en uno de aquellos grandes revolucionarios, animado de su fanatismo tal como Mirabeau, Lafayette ó Danton, en lugar de entregarse en propiedad á un soldado para fundar sobre viejos cimientos un nuevo imperio.

V.

Una desgracia doméstica hirió á Cromwell en el corazon en aquel periodo ascendente de su vida, y jasmobro causal se vieron lágrimas en los ojos de aquel hombre que habia visto con ojo enjuto al infortunado Carlos I arrancado de los brazos de sus hijos para morir. Perdió su madre de edad de noventa y cuatro años. Era Isabel Stuard, hija de la sangre de los reyes que habia destronado su hijo; muger bíblica, madre de una numerosa familia, origen de su piedad, que la habia amamantado en su virtud, inspiracion libre de su pasion viva, de su pasion por la libertad religiosa de su secta: gozaba en la plenitud de sus facultades del gobierno humano, empero sobre todo del gobierno celeste del mas grande de sus hijos, del Macabeo de su fé. Cromwell en todo su poder, la atendia y la veneraba cual la raíz de su corazon, de su creencia y de su destino.

«La madre de milord Protector escribe en aquella fecha de 1654 el secretario intimo de Cromwell Thurloc, ha muerto la noche última, de edad casi de un siglo. Un momento antes de espirar ha hecho llamar cerca de su cama á su hijo, y dándole su bendicion: que el Señor, le dijo, haga brillar constantemente el esplendor de su rostro sobre tí, hijo mio! Que te sostenga en todas tus adversidades! Que iguale tus fuerzas con las grandes cosas que el Altísimo te ha encargado hacer para la gloria de su santo nombre, y para la salud de tu cuerpo! Mi querido hijo, añadió insistiendo sobre este nombre que hacia toda su gloria en el último momento, mi querido hijo, dejo mi espíritu y mi corazon contigo! Adios! Adios!—Y cayó, dice Thurloc, en el último letargo.»

Cromwell se deshizo en lágrimas cual un hombre que hubiese perdido una parte de la luz que le iluminaba en sus tinieblas. La madre que le amaba como hijo y que le veneraba como un elegido de Dios, habitaba con él el palacio de los reyes, en White-Hall: pero vivia en un cuarto retirado y desnudo del palacio, no queriendo, decia, apropiarse para sí y para sus otros hijos, aquel esplendor á que el Señor condenaba á su hijo, y que no era sino la decoracion pa-

sagera de una posada, á la que no queria apagar su corazon ni la existencia futura de su familia.

Cruel cuidado y pesares turbaban sus dias y sus noches, en aquel palacio de los reyes, donde echaba de menos su quinta campestre del pais de Gales. El odio de los realistas, el celo de los republicanos, el resentimiento de los niveladores, el sombrío fanatismo de los presbiterianos, la venganza de los irlandeses y escoceses, los complots y tramas de los parlamentarios, siempre presentes á su imaginacion, la mostraban sin cesar el puñal ó la pistola de un asesino alzado sobre su hijo. Aunque mas animosa en otro tiempo, no podia oír la explosion de un arma de fuego en los patios sin estremecerse y sin echar á correr á los aposentos de Cromwell, para asegurarse de que no habia muerto su hijo. Cromwell hizo á su madre unos funerales dignos de una reina; testimonio, mas de piedad filial que de ostentacion. Fué enterrada en medio de las cenizas reales ó ilustres, en el pavimento de Westminster, ese San Dionisio de las dinastias y de las grandezas británicas. El mismo hacia algunos años temia perecer por un asesinato. Llevaba una coraza debajo de sus vestidos, y armas defensivas al alcance de su mano. Jamás dormia largo tiempo en el mismo cuarto del palacio, cambiando de sitio y de cama para desorientar las traiciones domésticas y las conjuraciones militares. Déspota, sufría las angustias de la tiranía. Los numerosos odios que habia acumulado, pesaban sobre su imaginacion y sobre su sueño. Las menores murmuraciones del ejército, le parecían principios de insurreccion contra su poder. Tan pronto heria, tan pronto acariciaba á aquel de sus tenientes cuya rebelion temia. Alejaba á Warwick, lisonjeaba á Fairfax, domaba á Ireton, atraía con trabajo al republicano Fleetwood, á quien habia dado una de sus hijas; republicana irreconciliable con la dictadura, como su marido. Alejaba á Monk, y estaba alarmado con las intrigas y la popularidad de Lambert, general que tan pronto tomaba partido con los realistas, tan pronto con los republicanos, tan pronto con los descontentos del ejército. Temia chocar ó enagenarse el partido militar, siendo severo contra aquel soldado ambicioso: compensó el mando que le quitó con una pródiga opulencia, que mantenía á Lambert inofensivo por los vinculos de la corrupcion. Hallábase demasiado dividida la Inglaterra en partidos para intentar asesinatos contra el dictador, como le habia sucedido á César. El uno vigilaba al otro. Vivía Cromwell porque ninguno de aquellos partidos estaba cierto de aprovecharse de su muerte. Tenia, sin embargo, el sentimiento de su impopularidad: la lectura y meditacion de sus diez discursos en los diversos parlamentos del interregno, comprueban sus esfuerzos humillantes algunas veces para hacerse perdonar el rango supremo que ocupaba. No se conoceria bien al hombre sino se co-

nociesen sus palabras: el alma está en sus acentos. Traduciremos algunas palabras en medio de aquel diluvio de frases. Parece anegarse su pensamiento en un charlatanismo, humilde unas veces é imperioso otras. Por todas partes se conoce al labriego que habia llegado al trono, al secretario cambiando el tribunal en pulpito para predicar á su pueblo despues de haberlo domado.

«¿Dónde estaban, dice en su primer discurso al parlamento de los tres reinos reunido despues de la disolucion del largo parlamento, dónde estaban antes de nosotros las dos libertades de los ingleses, la libertad de conciencia y la libertad del ciudadano? Dos cosas por la que es tan hermoso y tan justo combatir, como por cual ninguno de los bienes que Dios nos ha dado sobre la tierra. ¿No se podia imprimir la Biblia sin la autorizacion del magistrado? ¿No se hallaba la fé del pueblo á merced de la autoridad civil? ¿No era rehusar la libertad religiosa y la libertad civil á este pueblo que ha recibido estos dos derechos con la sangre? ¿Quién osará de hoy mas imponer restricciones á nuestra fé?»

Fulmina entonces, mas como profeta que como hombre de estado, sus rayos contra los *hombres de la quinta monarquía*, secta religiosa y política que anunciaba el reinado directo de Cristo vuelto á la tierra para gobernar él mismo su pueblo. Se auguraba aun que ya se hallaba encarnado en la persona de un joven aventurero, que se hacia reconocer con el nombre de Cristo. Despues pasa sin transicion á la alegría de ver al fin delante de él un parlamento libremente elegido.

«Si, afirma con satisfaccion, tengo delante de mí un parlamento libre. Hablemos un poco de nuestros negocios,» continúa: les cuenta largamente las marchas y los triunfos de sus operaciones en Holanda, en Francia, en España, en Portugal. Los despide en seguida paternalmente, asegurándoles que pedirá á Dios por ellos, é invitándoles á que vuelva cada uno tranquilamente á su casa para reflexionar en el buen manejo de los negocios del pais que va á someterles.

En el discurso siguiente, vuelve con amargura á hablar sobre el yugo que le impone á pesar suyo la salvacion del Estado.

«Os lo digo con la sinceridad de mi alma: no quiero, no quiero el puesto en que me hallo: lo he dicho en mis precedentes discursos á vosotros. Sí, lo he dicho, no deseo mas que una cosa, la de tener la libertad para mí que tienen los demas; retirarme á la vida privada, dar descanso á mi cuerpo; esto pido aun otra vez. Y Dios será juez entre mí y los hombres si miento al decirlo. ¿Que no miento al decir esto, lo saben aqui muchas gentes! Empero, si miento al decir lo que no me quereis creer, lo que muchos miran como una mentira y una hipocresía de mi parte, júzguemelo Dios!... Que los hombres corrompidos que juzgan á

los demas por sí mismos, digan y piensen lo que les dé la gana; pero yo les afirmo que esta es la verdad. Empero, ¡ay! yo no puedo obtener lo que tan vivamente deseaba, lo que mi alma suspira por conseguir! Otros han opinado que yo no podia hacer esto sin cometer un crimen... Yo soy indigno, sin embargo, de este poder que me obligan á mantener en mi mano; yo soy un pecador!»

Entra en seguida en una digresion difusa sobre los negocios de la república.

«Por último, dijo, hemos sido suscitados por Dios para la salvacion de esta nacion! Tenemos la paz en el interior, y la paz en el exterior.»

Su cuarto discurso es una censura amarga contra el mismo parlamento que se ha dejado, dice, corromper por las antiguas facciones, y concluye por disolverle despues de haber vacilado dos años entre las caricias y maldiciones, segun el aire que soplabá y las palabras que pronunciaba.

El quinto del parlamento siguiente es una digresion de cuatro horas, en el que es hoy muy difícil comprender nada, y que termina por la recitacion de un salmo.

«Yo confieso, dijo Cromwell, que he sido difuso: sé que os fatigo; empero, todavía una palabra: ayer he leído por casualidad un salmo que no estará fuera de su sitio el que os lo haga notar. ¡Es el salmo 66! Es verdaderamente instructivo y aplicable á nuestras circunstancias. Os invito á que lo leáis despacio: comienza así: Señor, tú fuiste misericordioso para nuestra tierra, tú nos has rescatado de la cautividad con Jacob; tú has perdonado todos nuestros pecados...» Y recita el salmo todo entero á su auditorio: despues interrumpiéndose y enseñando la Biblia: «Y en verdad, en verdad, añade, deseo que este salmo se grabe en nuestro corazon mas legiblemente que está impreso en este libro, y que podamos esclamar todos como David; Tú, Señor, tú solo eres el que haces esto! Vamos, amigos míos, ánimo y á la obra, continúa dirigiéndose al parlamento: y si tenemos ánimo en la obra, entonces entonaremos alegremente este otro salmo: En nombre del Señor serán confundidos todos nuestros enemigos. Nosotros no temeremos ni al papa ni á la España; en su día no temblaremos aunque nuestras llanuras se levanten sobre las montañas, y las montañas se precipiten en el Océano! Dios está con nosotros!—He concluido, dijo por último, todo cuanto tenia que decir! Rogad á Dios para que nos favorezca con su presencia; y ahora, idos en paz cada cual á vuestra casa.»

Estos discursos, de los que únicamente damos aqui algunas líneas testuales, duraron

horas: se comprende mal el sentido de ellos. Hay en la misma voz algo de Tiberio, de Mahoma, de tirano, de patriota, de soldado, de sacerdote, de loco: es la laboriosa expresion de una triple alma que busca á tientas su propio pensamiento, que lo encuentra, que lo pierde, que lo vuelve á encontrar, y que deja flotar hasta la saciedad á sus oyentes entre el terror, el fastidio, y la compasion. Cuando el lenguaje de la tiranía no es breve como el golpe de la voluntad, es ridículo; parece á las cartas de Caprea de Tiberio al senado romano, ó á las alocuciones de Bonaparte vencido al cuerpo legislativo francés en 1813. La fuerza absoluta cuando quiere hacerse digna, ó cuando se aplica ante senadores vendidos, ó ante ciudadanos esclavizados, se embaraza en los sofismas, se exalta hasta las nubes, ó se arrastra en la trivialidad. El silencio es la única elocuencia de la tiranía, porque no admite replica.

VII.

En ninguna parte se ven mas estos caracteres de la palabra de Cromwell que en sus respuestas al parlamento, que vino tres veces en 1638 á ofrecerle la corona. La primera vez era solo una simple diputacion del parlamento que venia á enterarle en su casa de la oferta que el parlamento iba á hacerle: la respuesta es familiar como la entrevista. No queria el título de rey, porque su inspiracion política le decia que no seria mas fuerte con él, ó que al contrario le agobiaria. En otra parte no se atrevía á rechazar demasiado claramente aquel título, porque sus generales mas ambiciosos que él, le obligaban á tomar el trono, á fin de comprometer sin remedio su grandeza y la de su familia con su fortuna: temia no fuesen sus generales descontentos de su negativa á ofrecer el trono á algun otro gefe del ejército mas temerario y menos escrupuloso que él. Comprendese su embarazo en sus palabras: empleó ocho dias y mil circunloquios para explicarse.

«Señores, respondió el primer día á la diputacion confidencial del parlamento, he vivido la mayor parte de mi vida, si puedo hablar así, en el fuego en medio de las turbaciones; empero todas las cosas que me han acontecido desde que he tomado parte en los negocios del bien público, si pudiesen ser reunidas en un monton, en una sola perspectiva, no me causarían tanto terror y respeto ante Dios, como la cosa cuyo nombre acabais de pronunciar delante de mí, y como el título que venis á ofrecerme! Lo que me tranquiliza y me calma en todas las crisis de mi vida pasada es, que las mas graves cargas que han pesado sobre mí me han sido impuestas directamente

y sin participacion mia por la mano de Dios, y que frecuentemente he reconocido que hubiera sucumbido bajo estas cargas, si no hubiese sido en mis miras, en mis planes, ayudado ó por la voluntad de Dios. Si yo me permitiese el daros una respuesta en una materia tan de repente é inopinadamente presentada á mi decision antes de haber sentido esta respuesta en mi corazon y en mis labios inspirada por aquel que ha sido en todas las ocasiones mi oráculo y mi guia, esta respuesta os daria pocas garantías de mi prudencia. Aceptar ó rechazar con una palabra lo que me ofrecéis con razones sacadas de mi propio interés personal, oleria á la carne y á la sangre. Elevarme así por consideraciones de ambicion ó de gloria, sería á la vez una maldicion para mí, para mi familia, y para este mismo imperio: más valdria entonces, sabedlo bien, que jamás hubiera nacido.

«Dejadme, pues, consultar desespacio á Dios, y á mi mismo: y espero que ni el rumor de un pueblo ligero é irreflexivo, ni la ambicion de los que pudiesen esperar medrar con mi grandeza, influirá en mi deliberacion, cuyo resultado os daré á conocer lo mas pronto posible.»

VIII.

Tres dias despues volvió el parlamento á apresurar la respuesta: era confusa, ininteligible en muchos sentidos. Créese ver el gesto embarazado de César rechazando con sonrisa la corona de Antonio y de los soldados en el Circo: no habia nada de esto sin embargo. Despues de cuatro dias de repetidas instancias por parte del parlamento, y de políticas pero significativas dilaciones por la suya, concluyó Cromwell por esplicarse inteligiblemente en un diluvio de palabras.

«La dignidad real se compone de dos cosas, les dijo: del título de rey, y de las funciones de la monarquía. Las funciones de la monarquía están de tal modo ligadas por sus raices con nuestra antigua legislacion, que caerian todas nuestras leyes si en su aplicacion no hubiese una parte de autoridad monárquica: empero en cuanto al título de rey, ese título implica no solo una autoridad suprema, sino, me atreveré á decirlo, una voluntad divina! He tomado el sitio que ocupo para evitar peligros inminentes á mi patria, y para preservarla todavia. No regatearé sobre el título de rey ó de protector, porque dispuesto estoy á servirlos, no solo como protector ó como rey, sino como constable, si quereis, es decir, como el último magistrado del país: porque á la verdad, examinando bien mi situacion, muchas veces me he dicho, que en el fondo yo no era mas que un constable manteniendo el orden y

la paz en la parroquia! Juzgo en consecuencia que no tenéis ninguna necesidad de darme á aceptar el título de rey... Porque cualquier otro nombre es tan útil para el caso.»

Despues, con un abandono que era demasiado humilde para ser sincero, continuó:

«Permitidme, añadió, hacer aqui en voz alta delante de vosotros una confesion: En el momento en que he sido llamado y preferido para mi obra por Dios á tantos otros que valian mucho mas que yo, ¿quién era yo? Yo no era mas que un simple capitán de caballería en un cuerpo de la milicia. Teia allí por gefe un amigo, un digno amigo, un noble corazon, y de quien sé que os es tan grata como á mí la memoria, Mr. Lampden. La primera vez que entré en el fuego con él vi, que nuestras tropas bisonas, indisciplinadas, compuestas de hombres que no temian á Dios, eran batidas en todos los encuentros, introduje un nuevo espíritu con el permiso de Lampden, un espíritu de celo y de piedad en nuestras tropas, y formé mis hombres en el temor de Dios. Desde aquel dia no han cesado de batir al enemigo! A él la gloria.»

«Lo mismo ha sucedido, y lo mismo sucederá, señores, en el gobierno: el celo y la piedad nos salvará sin rey!... Comprendedme bien: yo consentiria de muy buena gana en ser victima aqui por la salvacion de todos: no pienso en verdad que sea necesario el que esta victima por todos sea un rey.»

¡Ah! lo habia pensado demasiado tarde para Carlos I: la sangre de aquel rey protestaba contra sus palabras: habia querido un rey inocente por victima, no del pueblo sino del ejército.

IX.

Comenzaba á agitarse en sus remordimientos. Para aplacarlos, dicen, ó para alimentarlos durante los dias en que el parlamento tenia así suspendida sobre su cabeza la corona, se hizo llevar á la bóveda subterránea de White-Hall, donde descansaba aguardando otro sepulcro el cuerpo decapitado de Carlos I. ¿Iba á buscar en aquel espectáculo el oráculo de su incertidumbre, y la eleccion de su ambicion? ¿Iba á implorar de su victima el perdón del asesinato que habia permitido, la remision de la vida y del trono que le habia arrebatado? Se ignora. Lo que se dice es, que hizo levantar las tablas del féretro real que cubrian la cabeza y el cadáver embalsamado del rey ajusticiado; que alejó á todos los testigos, y que permaneció largo tiempo en silencio cara á cara con la muerte. ¡Entrevista muy estóica si no era de arrepentimiento! Meditacion de que Cromwell no podia salir sino mas criminal, si no es que salia mas consternado. Sus servidq-

res notaron sobre sus facciones una desusada palidez, y un sombrío silencio sobre sus labios. La pintura ha reproducido muchas veces esta estraña y singular escena: allí se ha visto el triunfo del ambicioso sobre el cuerpo de su victima: nosotros nos inclinamos mas á ver el triunfo de los remordimientos sobre el asesino.

X.

Sus cartas intimas respiran en aquella época de su vida la melancolia de una ambicion que ha llegado á todo su crecimiento en el fondo de las grandeas humanas, que conoce su propio vacío en un destino tan lleno en la apariencia. Respira tambien un desfallecimiento en el corazon, que debilita en sus manos las riendas del gobierno.

«Verdaderamente, escribe á Fleetwood, su yerno y su lugarteniente en Escocia, verdaderamente, mi querido Carlos, jamás tanto como al presente he tenido necesidad del socorro y de las oraciones de mis amigos cristianos! Todos los de cada opinion quieren hacerme adoptar la suya con preferencia. Este espíritu de mansedumbre que existe al presente en mí, no agrada á nadie. Creo poder decirlo con verdad: mi vida ha sido un voluntario sacrificio, y lo creo, un sacrificio para todos. ¡Persuadid á los amigos que están á vuestro lado, que sean mas moderados! Si se acerca el dia del Señor como dicen unos, ¿cuánta no debe ser su moderacion? En mi tristeza estoy dispuesto á decir: ¡Oh! ¡Si tuviera yo las alas de la paloma! Entonces seguramente echaria á volar.... Pero es una impaciencia reprehensible; ven, digo al Señor, porque tengo en mi muger y en mis hijos algo que me liga á la vida!.... Escusadme, pues; comunicad mi amor á vuestra querida muger, y dad mi bendicion, si quereis algo de mí, á vuestro niño.»

— Ocupábase al mismo tiempo de asegurar para despues de su muerte, alguna fortuna independiente á cada uno de sus hijos y de sus hijas. Las considerables sumas que el parlamento le daba para el esplendor de su título, sus propios bienes, y la austera, aunque decente economía de su vida, le permitian adquirir algunas propiedades privadas. Se ha encontrado la lista y el producto de sus bienes, en sus cartas á su hijo Ricardo. Son doce haciendas de seis á treinta mil francos de renta.

«¿Qué importa lo demas? decia algunas veces. Les dejo por fortuna la gracia de Dios, que me ha sacado de tan baja esfera para colocarme tan alto.» Diríase que tenia el presentimiento de su próximo fin.

XI.

Los que se le acercaban lo confiesan así. El cuáquero Fox, uno de los fundadores de aque-

lla piadosa y filosófica secta que ha reducido toda la teología á la caridad, conversaba algunas veces libremente con Cromwell; Fox ha escrito en aquellos tiempos á uno de sus amigos: «Ayer he encontrado á Cromwell en el parque de Hamton-Court: iba á caballo á la cabeza de sus guardias. Antes de que le viese sentí como un espíritu de muerte que pasase entre él y yo. Cuando estuve enfrente de él, vi sobre su rostro la palidez del sepulcro. Se detuvo: le hablé de los padecimientos de los amigos (cuáqueros). Le di las advertencias que el Señor puso en mis labios. Me dijo: Venid á verme mañana. A la mañana siguiente fui á Hamton-Court: me dijeron que se hallaba indispuerto. No volví á verle mas desde aquel dia.»

Hamton-Court, magnífica residencia feudal de Enrique VIII, era una mansion que por su lóbrega y monacal grandeza debia agradar á Cromwell. El castillo flanqueado de anchas torres y en su base con bastiones de una plaza fuerte, está coronada de almenas batidas sin cesar por el vuelo de las cornejas. Está construida á orilla de aquellos profundos bosques, lejos de la tierra, tan gratos á la raza sajona. Las encinas seculares de su vasto parque parecen afectar la magestad de una vegetacion real, parecen igualarse á las góticas torres del castillo: largas avenidas veladas de sombra y de la niebla no tienen por perspectiva sino los verdes céspedes atravesados en silencio por rebaños de gamos domesticados. Puertas estrañas, bajas, abovedadas en ojiva, parecidas á las aberturas de una caverna en la maciza roca, dan entrada á subterráneos, á cuerpos de guardia, á salas de armas, á bóvedas entapizadas con haces de armaduras antiguas, escudos y desgarradas banderas. Todo respira allí aquella sombría soberanía que forma el vacío alrededor de los reyes por el respeto y el terror. Hamton-Court era la morada predilecta de Cromwell, pero el dolor le tenia sujeto allí en aquel momento tanto como el deseo de distraerse.

Habia colocado la Providencia, como sucede á muchos grandes hombres, la venganza y la espiacion de sus faltas en torno suyo, en su propia familia. Muchas hijas habian embellecido su hogar. La primera se hallaba casada con lord Ful-Cambridge, la otra con Fleetwood, la tercera con lord Claypole, la cuarta, la mas joven lady Frances, se hallaba viuda á los trece años de Rich, nieto del conde de Warwick, antiguo compañero de armas del Protector. El dolor de aquella joven tan querida de su padre entristecia el interior de Hamton-Court.

Fleetwood, sombrío republicano, siempre combatido entre el ascendiente de Cromwell, que sufría no sin remordimientos las oposiciones de los republicanos puros que veían un tirano en el protector, echaba en cara á su suegro el haber absorbido la república para salvarla. Habia arrastrado por fanatismo y por amor